

bros de estas tres naciones difieren mucho entre sí en origen, religion y costumbres, y jamás se mezclan en unas mismas poblaciones; sin embargo, el interes de la defensa y de una libertad comun los tiene unidos, pudiendo tambien mucho en esto la mano fuerte y política del mencionado emir. Por un lado ocupan con sus numerosas habitaciones el espacio que media entre Latakia y San Juan de Acre, y por otro el que hay entre Bayruth y Damasco. De los Druzos y Metualos hablaré con separacion en otra parte.

Los Maronitas ocupan desde Bayruth hasta Trípoli de Siria, los valles mas centrales y las principales eminencias del Líbano. Las faldas de la cordillera que caen al mar son fértiles, y están regadas de muchos arroyos y cascadas. Se cosecha en ellas seda, aceite, cebada y trigo. Las cumbres son casi inaccesibles, compuestas en la mayor parte de rocas desnudas; pero la infatigable actividad del pueblo que buscó en ellas un asilo á su religion, las ha hecho fértiles. Ha levantado terraplenes de trecho en trecho hasta las últimas cumbres, tocando casi á la nieve que las cubre: ha cubierto aquellos espacios con la poca tierra vegetal que las aguas arrastran en sus avenidas: ha hecho fecundas hasta las piedras, desmenuzándolas y mezclando su polvo con la tierra para aumentarla; y ha convertido el Líbano en un jardin lleno de moreras, de higueras, de olivos y de plantas cereales. Los viajeros se llenan de maravilla cuando, despues de trepar dias enteros por los tajos de la montaña, formados en peña viva, se en-

encuentran de repente en una angostura ó en la meceta de un picacho, con una hermosa aldea fabricada de piedra blanca, llena de gente acomodada, con una fortaleza morisca en el centro, un convento á cierta distancia, un torrente que baña sus muros, y en derredor un bosque en donde los pinos, los castaños y los morales dan sombra á las viñas y á los sembrados de maiz y de trigo. Estas aldeas están muchas veces como colgadas unas de otras, casi perpendicularmente: se puede tirar de una á otra una piedra con la mano, se puede oír la voz de los vecinos, y sin embargo, lo escarpado de la montaña hace su camino tan lleno de revueltas, que muchas veces se necesita emplear una hora ó dos para recorrerlos.

En cada una de ellas hay una especie de señor feudal que administra justicia, de un modo breve y sumario en los casos comunes, sin apelacion ni otro recurso. La decision de los asuntos graves pertenece al emir y á su consejo. De él emana en parte la administracion de justicia, y en parte de los obispos, por lo que muchas veces hay choques de jurisdiccion entre la autoridad civil y la eclesiástica. El patriarca de los maronitas es el único que puede decidir en los casos en que la ley comun se roza con la ley religiosa, como en los matrimonios, en las dispensas, en la separacion de los cónyuges etc. El emir guarda toda clase de miramientos al patriarca, y á los obispos, cuya autoridad, lo mismo que la de todo el clero, es ilimitada y jamás contradicha. El clero se compone de un

patriarca, á quien eligen los obispos y confirma el papa, de un legado de este, que reside comunmente en el convento de Antuna ó de Ranubin, de los obispos, de los prelados de los conventos y de los curas. Los clérigos pueden casarse, pero no los obispos ni tampoco los monges, quienes están obligados á vivir en comunidad. La reclusion á que están reducidas las mugeres árabes, las costumbres particulares del pueblo maronita y la fuerza de la costumbre, hacen ménos peligrosa esta de que estoy hablando.

Hay en el Libano cerca de doscientos conventos maronitas de diferentes órdenes, y en ellos de veinte á veinticinco mil monjes, los cuales se dedican, sin perjuicio de su ministerio, á la labranza, á la cria de ganado, á la de gusano de seda, y hasta fabrican sus edificios. Cada convento tiene un pedazo determinado de tierra, y no puede pasar de cierto número de religiosos. Yo he vivido algun tiempo entre ellos, y no vi la menor falta en su conducta, ni escuché quejas ni murmuraciones. Los obispos ejercen una autoridad absoluta en los conventos de sus diócesis, y cada diócesis es muy pequeña. En cada poblacion grande hay por lo comun un obispo.

Los maronitas, bien descendan de los árabes ó bien de los Siroes, participan de las virtudes de su clero y forman un pueblo singular en el Oriente: parecen en ciertas cosas un pueblo europeo, arrojado al acaso entre las tribus del desierto. Su fisonomía sin embargo es árabe. Los hombres son altos, hermosos, de un mi-

rar franco y resuelto, y de una sonrisa blanda y llena de espresion. Tienen los ojos azules, la nariz aguileña, la barba rubia, el aspecto noble, y la voz grave y sonora. Sus modales son urbanos sin bajeza: su vestido es espléndido, y sus armas brillantes. Cuando pasa uno por alguna poblacion y ve al gefe que administra justicia sentado á la puerta de su casa, en cuyo patio están atados los caballos que monta; cuando examina uno el vestido de los principales vecinos, engalanados de ricos trages, ceñidos con fajas de seda encarnada, cubierta la cabeza con un largo turbante de varios colores, y dejada á la espalda una capa de seda, parece que está mirando un pueblo de reyes. Ellos estiman á los europeos como si fueran sus hermanos: están ligados á nosotros por los vínculos de la religion, que son los mas fuertes de todos: reciben en sus poblaciones á nuestros viajeros, á nuestros misioneros y á nuestros estudiantes que van á aprender la lengua arábica, como si fueran deudos de una misma familia: cada uno de ellos es el huésped de toda la comarca. Se le aloja generalmente en un convento ó en la casa del primer magistrado: allí se le da con abundancia de cuanto el pais produce, se le divierte con la caza de losalcones, se le admite con confianza al trato familiar, aun al de las mugeres; se habla delante de él con respeto y se le favorece con una amistad que jamas se rompe, y la cual transmiten los cabezas de familia á sus hijos y descendientes. Yo creo que si este pais y este pueblo fuesen mas conocidos, muchos europeos irian á vivir en él.

Allí se encuentra hermosura en el estilo, templanza en el clima, analogía en la religion, hospitalidad en las costumbres, seguridad individual, baratura en las cosas necesarias á la vida, y cuanto puede hacer dulce la existencia. Por mí, digo, que si me fuera dable arrancarme de raíz de mi patria, y no considerase como una obligacion del hombre vivir donde le ha señalado la Providencia su cuna y su sepulcro, con el fin de que sirva y ame á sus compatriotas, no dudaria pasar mis dias entre los maronitas. Si alguna vez me viese desterrado de mi patria, en ningun lugar me seria mas dulce mi destierro que en estas pacíficas poblaciones, situadas á la falda del Líbano, en medio de un pueblo sencillo, religioso y bienhechor; disfrutando de la vista del mar y de las nieves de las cumbres, sentado bajo la sombra de las palmas ó de los naranjales de los conventos. Aquí reina una policía admirable, nacida, no de las leyes, sino de la religion y las costumbres: el caminante puede andar solo en los caminos de noche y de dia, sin temor de robos y violencias: los delitos son casi desconocidos; la persona del extranjero, que es sagrada para el árabe mahometano, lo es todavía mas para el árabe cristiano: le abre su puerta á cualquiera hora, mata su cabrito para que coma, y le cede su lecho para que duerma.

Hay en todos los pueblos una iglesia ó capilla destinada á celebrar el culto católico en lengua siriaca. Despues de la epístola, se vuelve el sacerdote á los oyentes y les lee en lengua arábica el evangelio del dia. Las

religiones, que duran mas que las razas humanas, conservan su lengua sagrada despues que los hombres han perdido la suya.

Los Maronitas, como todos los que viven en montañas, son naturalmente guerreros. A la órden de su emir se pueden poner sobre las armas treinta ó cuarenta mil hombres, bien sea para defender los caminos inaccesibles de sus moradas, ó bien para bajar á los llanos y hacer temblar á Damasco y las demas ciudades de Siria. Nunca los turcos se atreven á internarse en el Líbano, cuando estos pueblos disfrutan de paz entre sí. Los bajáes de Damasco y de San Juan de Acre no llegan allí, si no es cuando la discordia intestina los llama en auxilio de uno ú otro partido. No sé si me engaño, pero creo que son grandes las cosas á que está destinado el pueblo maronita; pueblo virgen y de un carácter primitivo en su valor, en su religion y en sus costumbres; pueblo en fin que ha unido á las virtudes tradicionales de los patriarcas el derecho de propiedad, el goce de una libertad templada y mucho patriotismo. Favorecido de la semejanza de religion y de las relaciones de comercio y de cultura, se impregna cada dia mas y mas de la civilizacion del Occidente. Miétras que todo lo que le rodea caduca por impotencia ó por vejez, él solo parece que se rejuvenece y que adquiere nuevas fuerzas. A medida que se vaya despoblando la Siria, él irá bajando de sus montes, fundará ciudades para el comercio á la orilla del mar, cultivará las fértiles campiñas que yacen actualmente aban-

donadas por el hombre y sirven de guarida á los chacales y gacelas, y establecerá un nuevo imperio que substituya con ventaja á la dominacion turca que ya espira. Si hoy se levantase entre los Maronitas un hombre de gran capacidad, ya fuese del clero, que entre ellos lo puede todo, ya de sus emires ó magistrados, á quienes tanto estiman; y si este hombre, mirando á lo que está por venir, hiciese alianza con alguna potencia de Europa, no hay duda que seria otro Mehemet-Ali, bajá de Egipto, y que dejaria establecido el origen de un nuevo imperio árabe. A la Europa interesa que este voto se realice: en el Líbano tiene una que puede llamar colonia suya. Poblándose entónces de nuevo la Siria con una nacion cristiana é industriosa, enriqueceria al Mediterráneo dando movimiento á un comercio que desfallece, abriria el camino de la India, arrollaria delante de sí las tribus nómadas del desierto, y daria vida al Oriente. Hoy solo existen estas esperanzas en Egipto; pero téngase presente que en Egipto no hay para esto mas que un hombre, y en el Líbano hay un pueblo.

„Los Drusos componen la segunda parte de la poblacion del Líbano; son idólatras y hablan el árabe. Perseguidos por los mahómetanos, cuya religion no quisieron abrazar, refugiáronse á las inaccesibles soledades del Líbano. El emir Facardin los hizo célebres aun en Europa á principios del siglo diez y siete; pero, despues de una resistencia famosa, fué vencido por traicion y conducido á Constantinopla: con todo esto, su posteridad pudo dominar en el pais, y solo despues de

estinguída esta, pasó el gobierno á otras manos. La religion de los Drusos es un misterio que ningun viagero ha podido aclarar. Adoran el becerro, y sus mugeres son admitidas al sacerdocio; veneran á Moises, á Mahoma y á Jesus. Tienen muchas escuelas para los niños; se sabe que despues de la batalla de Navarino, acogieron con generosidad á los europeos que temian la venganza de los turcos.

La última parte de la poblacion del Líbano se compone de mahometanos de la secta de Alí, dominante en Persia. No beben ni comen con los sectarios de otra religion que la suya, y hacen pedazos el plato que ha servido para un estrangero. Despues de muchos triunfos y derrotas han logrado mantenerse en el valle y junto á las magnificas ruinas de Heliópolis, y de Sour, la antigua Tiro.

Pero hace treinta años que una muger llama por sí sola en estos sitios la atencion de los viageros europeos, mas que todos los pobladores del alto y bajo Líbano. Es la sobrina del famoso Pitt, la hija del lord Chatam, lady Stanhope, que ya hemos nombrado.

Educada en el gabinete de su tio, oyó desde niña tratar al lado suyo las grandes cuestiones que agitaban entónces el mundo. Cuando Pitt murió, era jóven y hermosa, noble como una reina y mas rica que un monarca. Rehusó los mejores partidos que se le ofrecieron, recorrió las varias capitales de la Europa, y por último se embarcó para el Oriente. Llegó á Esmirna, donde por poco muere de la peste. En Constantinopla se le

abrieron las puertas del serrallo, y las sultanas le prodigaron fiestas. Al verla caminar entre esos grupos de Circasianas, se hubiera dicho que era la reina y la dueña de sus esclavas. Procuróse firmanes del sultan (pasaportes), y llevándose consigo inmensas riquezas, se embarcó; pero una tempestad lo sumergió todo; y hubiera devorado á la misma viagera, si sobre los restos de la embarcacion no hubiese llegado á una isla desierta, de donde la sacó un pescador para conducirla á Rodas. Volvió á Inglaterra para reunir los restos de su patrimonio, y por fin se embarcó de nuevo y llegó al Líbano, su patria adoptiva, que no ha abandonado despues. Habiéndose establecido al principio en las cercanías del Alaguaia, aprendió el árabe y se relacionó con las autoridades drusas y maronitas que gobernaban la comarca; en seguida buscó un hombre de confianza, llamado Baudin, que la sirvió á la vez de intérprete y de consejero. Antes de fijar su morada en la montaña, recorrió la fecunda cadena del Líbano, el desierto, y visitó á Damasco, Jerusalem, Homs, y aun Palmira, donde fué recibida como otra Zenobia. Respiraban tanta dignidad sus miradas y tanta grandeza su semblante, que los árabes la contemplaban llenos de admiracion. Al llegar á las ruinas de Palmira, halló preparada una gran solemnidad, pues treinta mil árabes habian acudido del desierto, y la proclamaron reina de Palmira. Durante su permanencia en medio de esas ruinas, sucediéronse unas tras otras las fiestas, las danzas, los banquetes y las corridas. Siempre magnífica la célebre viagera, dotó á varias don-

cellas, asistió á su casamiento, y prodigó los pesos fuertes españoles, que hoy dia los árabes del desierto enseñan á los viageros, añadiendo que son de su reina. En cambio, las varias tribus reunidas la dieron firmantes, en virtud de los cuales todo viagero protegido por ella, podia visitar con toda seguridad las ruinas de Palmira pagando un tributo de mil piastras.

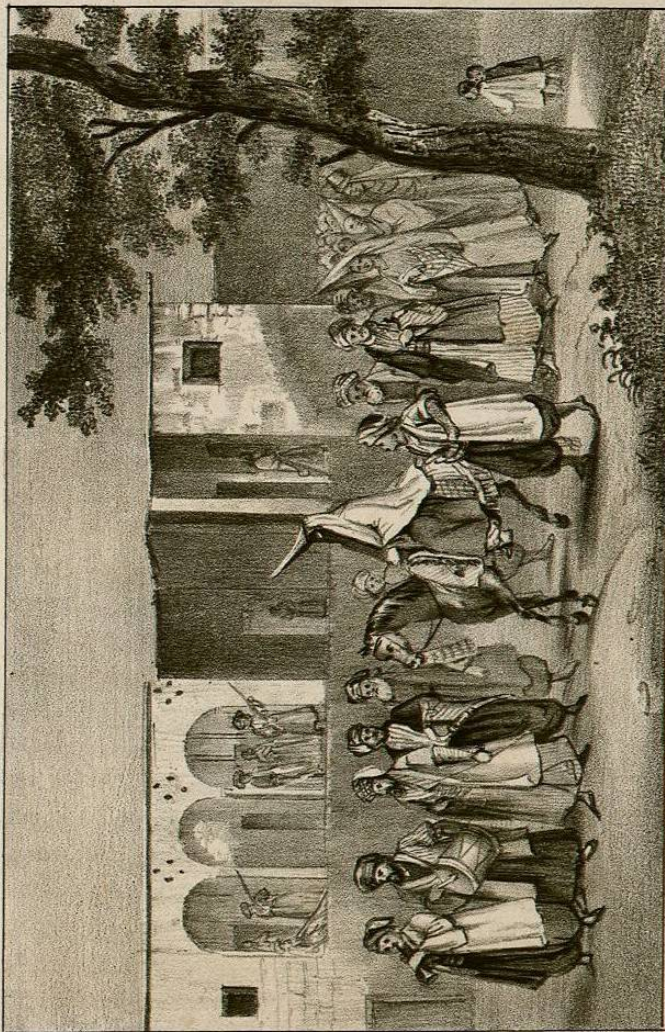
Al volver de ese viage regio escogió el retiro en que mora hoy dia, en una soledad casi inaccesible, sobre una de las cumbres del Líbano, cerca de la antigua Sidon. Respetada por los bajás de San Juan de Acre, obtuvo la concesion de los restos de un convento y del pueblo de Dgioun, habitado por los Drusos, que pidió para su establecimiento. Edificó en él muchas casas parecidas á nuestras fortificaciones de la edad media, y creó un hermoso jardin á lo turco. Allí vivió muchos años con lujo oriental, rodeada de muchos dragomanes, de gran séquito de mugeres y de esclavos negros, y relacionada con todos los soberanos y los gefes árabes de los alrededores. Pronto disminuyó su considerable fortuna; murieron ó se alejaron los que la habian seguido desde Europa, enfrióse la interesada amistad de los árabes, quedó completamente aislada la célebre inglesa, y entónces fué cuando dió muestras de toda la energía heroica de su carácter, y de toda la constante resolucion de su alma. Las ideas religiosas que mezcla con la astrología, le dan una fuerza sobrenatural. En este estado de abandono han encontrado Lamartine y otros viageros á esa muger, cuyo nom-

bre es grande en Oriente, á la par que es la admiracion de la Europa, á esa muger á la cual han dado los árabes el nombre de señor, olvidando su sexo.

Ya que nos encontramos en medio de una poblacion cuyas costumbres son tan diferentes de las de Europa, bueno será detenernos en algunos rasgos principales. Primero observaremos su vida patriarcal, su hospitalidad, su piedad tierna y sencilla, y el respeto sin bajeza ni supersticion que tienen á los ancianos y á los viageros que llevan trage de religiosos ó de sacerdotes. En la vasta llanura que conduce á Balbec, los pastores maronitas se apresuraron á ofrecer al padre Geramb todo cuanto deseaba, viéndole con hábito de la Trapa, y prosternados los niños á sus piés, le pedian que los bendijese. En el momento de partir, todos querian tocar su sayal, todos le seguian con la vista y le saludaban con la mano, dándole el último adios.

Un viagero inglés cuenta en los términos siguientes las principales circunstancias del casamiento de un joven príncipe de los Drusos.

Al llegar á Narh-el-Kelb, nos detuvimos en una cabaña delante de la comitiva de la princesa que pasaba á Gacir para casarse con el joven príncipe. El camino estaba lleno de curiosos que disparaban fusilazos. Al cabo de dos horas apareció por fin la comitiva sobre la cumbre de las rocas que teniamos delante de nosotros, siguiendo un alto y difícil sendero. Los que la componian iban vestidos ricamente y montaban hermosos caballos enjaezados con magnificencia. Marcha-



Marcha nupcial al Monte Libano.

ba el príncipe á la cabeza acompañado de sus domésticos. En pos venian dos gefes de los Drusos con un cuerpo de tropas de esa tribu, marchando con orden y disparando de tiempo en tiempo sus fusiles. En seguida venian diez ó doce mulos cargados con ricas telas y preciosos muebles. Algun tiempo despues aparecieron las mugeres, que se apearon en un tránsito difícil, y se adelantaron á pié hasta un puente. Eran unas veintidos, y como el calor era excesivo, descansaron debajo de un árbol y tomaron algun refresco. Cuando volvieron á ponerse en marcha pasaron junto á mí, llevando delante á su princesa. Algunas me miraron con aire descontento, porque era el único que tenia abierto el parasol: por mi parte jamas he visto un grupo tan estrañamente mezclado ni mas ridículo que el de esas mugeres.

